

Chenier no trataba con más favor al emperador:

«Un corso ha devorado el patrimonio de los franceses, la flor de sus héroes ha sido truncada en los campos de batalla, mártires arrastrados al cadalso por el amor a la gloria, y que han caído sustentando otra esperanza. Demasiada sangre, demasiadas lágrimas, de las que un solo hombre debe ser responsable, han inundado Francia.

«También yo, excesivamente crédulo, he celebrado mucho tiempo sus conquistas, en el Foro, en el Senado, en nuestras diversiones y en nuestras solemnidades.

«Pero, cuando a manera de un prófugo que regresa a sus hogares, trocó sus laureles por el imperio, no adulé su brillante infamia; mi voz tronó siempre contra la opresión, y mientras que el tirano contemplaba a sus pies una nube de aduladores que le vendían los intereses de la nación juntamente con sus versos llenos de lisonjas, no pudo menos que notar mi ausencia porque yo he cantado la gloria, pero no la tiranía.»

(Promenade, 1805.)

Madama de Staël hace un juicio no menos riguroso de Bonaparte:

«¿No sería una gran lección para la raza humana, si estos directores (los cinco miembros del Directorio), hombres muy poco guerreros, se levantasen del polvo y exigieran cuenta a Napoleón de las fronteras del Rin y de los Alpes, conquistadas por la República; cuenta de los extranjeros llegados dos veces a París; cuenta de los tres millones de franceses que han sido sacrificados desde Cádiz hasta Moscou; cuenta, sobre todo, de esa simpatía que las naciones experimentaban por la causa de la libertad de Francia, y que ahora se ha cambiado en aversión inveterada?»

(Consideraciones sobre la revolución francesa.)

Escuchemos a Benjamín Constant:

«El que, hacía doce años, se proclamaba destinado a conquistar el mundo, ha terminado con todas sus pretensiones... Aun antes de que su territorio fuera invadido, es acometido de una turbación

que no puede disimular. Apenas tocan sus límites, arroja lejos todas sus conquistas; exige la abdicación de uno de sus hermanos; consagra la expulsión de otro, y, sin que nadie se lo pida, declara que renuncia a todo.

«En tanto que los reyes, aun vencidos, no abjurán de su dignidad, ¿por qué el vencedor de la tierra cede al primer fracaso? Los gritos de su familia, nos contesta, desgarran su corazón. ¿No eran también de esa familia los que perecían en Rusia, en la triple agonía de las heridas, del frío y del hambre? Pero, en tanto que ellos expiraban abandonados por su jefe, este jefe se creía en seguridad, y ahora el peligro de que participa le da una sensibilidad súbita.

«El miedo es un mal consejero, sobre todo donde no hay conciencia; en la adversidad como en la dicha, no hay más medida que la moral. Donde no rige la moral, la dicha se pierde por la clemencia, y la adversidad por el envilecimiento.

«¿Qué efecto debe producir en una nación valerosa ese ciego terror, esa pusilanimidad repentina, sin ejemplo, aun en medio de nuestras borrascas? El orgullo nacional hallaba (y era un mal) una especie de indemnización en no ser oprimido sino por un jefe invencible. ¿Qué queda hoy? Nada de prestigio ni de triunfos; un imperio mutilado; la execración del mundo; un trono cuyas pompas son ajadas; derribados sus trofeos, y que por toda comitiva sólo tiene las sombras errantes del duque de Enghien, de Pichegrú y de tantos otros como fueron degollados para fundarlo.»

(Del espíritu de conquista.)

¿Llegué yo tan lejos como esto en mi escrito *De Bonaparte y de los Borbones*? Las proclamas de las autoridades en 1814, que voy a reproducir, ¿no han repetido, afirmado y confirmado estas opiniones diversas? Si las autoridades que se expresan de esta manera han sido cobardes y degradadas por su primera adulación, no por esto restan fuerza a sus argumentos.

Podría multiplicar las citas; pero sólo recordaré dos, a causa de la opinión de dos hombres: Béranger, este constante y admirable admirador de Bonaparte, no cree deber excusarse a sí mismo: «Mi admiración entusiasta y constante por el genio del emperador, jamás me cegó so-

bre el despotismo siempre creciente del Imperio.» Pablo Luis Courier, refiriéndose al advenimiento de Napoleón al trono, dice: «¿Qué significa, dime... un hombre como él, Bonaparte, soldado, el primer capitán del mundo, querer que le llamen majestad? ¿Ser Napoleón y hacerse señor! Aspira a descender; pero no: cree subir igualándose a los reyes: él prefiere más un título que un nombre. Sus ideas son inferiores a su fortuna. César lo entendía mucho mejor, y no tomó títulos gastados; pero hizo de su nombre un título superior al de los reyes.» Los talentos verdaderos han tomado el camino de la misma independencia: el señor de Lamartine en la tribuna, el señor de Latouche en el retiro, y el señor Víctor Hugo, en dos o tres de sus más hermosas odas, ha repetido estos nobles acentos:

«En la obscuridad de los atentados, en el brillo de las victorias, ese hombre que desconocía al Dios que lo había enviado, etc.»

No era menos severo el juicio del resto de Europa. Entre los ingleses sólo citaré el sentimiento de los hombres de oposición, que acomodaban y justificaban todo lo de nuestra Revolución. Leed a Mackintosh en su defensa de Peltier: Sheridan, con motivo de la paz de Amiens, decía al parlamento: «Cualquiera que llegue a Inglaterra, saliendo de Francia, cree escapar de un torreón para respirar el aire y la vida de la independencia.» Lord Byron, en su oda a Napoleón, le trata de la manera más indigna:

*'T is done-but yesterday a king!
And arm'd with kings to strive,
And now thou art a namless thing
So abject-yet alive.*

«Se acabó: ¡ayer eras rey y tenías armas para combatir a los reyes! Hoy eres una cosa sin nombre, tan despreciable y, sin embargo, aun vives.»

La oda entera es por este estilo: cada estrofa vence a la otra, lo cual no ha impedido a lord Byron celebrar la tumba de Santa Elena. Los poetas son pájaros: cualquier ruido les hace cantar.

Sólo falta a la sanción de estas opiniones una autoridad que las confirme: Napoleón se ha encargado de notificar su verdad. Despidiéndose de sus soldados en el patio de Fontainebleau, confiesa en voz alta que Francia lo rechaza: «Francia misma—dice—ha querido otros destinos.» Confesión inesperada y memoranda,

cuyo peso nada puede disminuir, ni nada amenguar su valor.

Dios, en su paciente eternidad, manifiesta, tarde o temprano, la justicia; en los instantes del sueño aparente del cielo, siempre será hermoso que vele la reprobación de un hombre honrado, y que permanezca como un freno al poder absoluto. Francia no renegará de las almas nobles que reclamaron contra su servidumbre, cuando todo estaba prosternado, porque había tantas ventajas en estarlo, tantas mercedes que recibir por adulaciones, tantas persecuciones que sufrir por la sinceridad. ¡Honor, pues, a los La Fayette, a los Staël, a los Benjamín Constant, a los Ducis, a los Lemercier, a los Lanjuinais y a los Chenier, que en pie, en medio de la rastrera multitud de los pueblos y de los reyes, osaron despreciar la victoria y protestar contra la tiranía!

Revisado en 22 de febrero de 1846.

DECRETO DE DESTITUCIÓN DADO POR EL SENADO. — PALACIO DE LA CALLE DE SAINT-FLORENTIN. — EL SEÑOR DE TALLEYRAND. — MENSAJES DEL GOBIERNO PROVISIONAL. — CONSTITUCIÓN PROPUESTA POR EL SENADO. — LLEGADA DEL CONDE DE ARTOIS.—ABDICACIÓN DE NAPOLEÓN EN FONTAINEBLEAU.

El 2 de abril, los senadores, a los que sólo se debe un artículo de la Carta de 1814, el innoble artículo que les conserva sus pensiones, decretaron la destitución de Bonaparte. Si aquel decreto libertador para Francia, infame para los que lo dieron, hace una afrenta a la especie humana, enseña, al mismo tiempo, a la posteridad, el precio de las grandezas y de la fortuna, cuando éstas han desdeñado asentarse sobre las bases de la moral, de la libertad y de la justicia.

Decreto del Senado conservador.

«El Senado conservador, considerando que en una monarquía constitucional sólo existe el monarca en virtud de la constitución o del pacto social;

«Que Napoleón Bonaparte, durante algún tiempo de gobierno firme y prudente, había dado a la nación motivos para contar en el porvenir con actos de sabiduría y de justicia; pero que en seguida ha

desgarrado el pacto que le unía al pueblo francés, especialmente creando impuestos, estableciendo contribuciones fuera de la ley, contra el tenor expreso del juramento que prestó a su advenimiento al trono, conforme al artículo 53 de las constituciones de 28 de floreal, año XII;

»Que ha cometido este atentado a los derechos del pueblo en el instante en que acababa de aplazar sin necesidad el Cuerpo legislativo, y de hacer suprimir, como criminal, un dictamen de este Cuerpo, al cual disputaba su título y su derecho a la representación nacional;

»Que ha emprendido una serie de guerras en contravención al artículo 50 del acta de las constituciones del año VIII, que dice que la declaración de guerra sea propuesta, discutida, decretada y promulgada como ley;

»Que inconstitucionalmente ha firmado muchos decretos con pena de muerte, especialmente los dos de 5 de marzo último, tendiendo a hacer considerar como nacional una guerra que sólo estaba en el interés de su desmesurada ambición;

»Que ha violado las leyes constitucionales por sus decretos sobre los prisioneros de Estado;

»Que ha anonadado la responsabilidad de los ministros, confundiendo todos los poderes y destruyendo la independencia de los cuerpos judiciales;

»Considerando que la libertad de la prensa, establecida y consagrada como uno de los derechos de la nación, ha sido constantemente sometida a la arbitraria censura de su policía, y que, al mismo tiempo, siempre se ha valido de la prensa para llenar a Francia y a Europa de máximas falsas, de doctrinas favorables al despotismo y de ultrajes contra los gobiernos extranjeros;

»Que actas y dictámenes aprobados por el Senado han sufrido alteraciones al ser publicados;

»Considerando que, en vez de reinar con la sola mira del interés, de la felicidad y de la gloria del pueblo francés, según los términos de su juramento, Bonaparte ha puesto el colmo a las desdichas de la patria por su negativa a tratar con condiciones que el interés de la nación obligaba a aceptar y que no comprometían el honor francés; por el abuso que ha hecho de todos los medios que se le confían, tanto en hombres como en dinero; por el abandono de los heridos, sin socorros ni subsistencias; por diferentes medidas, cuyas consecuencias

fueron la ruina de las ciudades, la despooblación de los campos, el hambre y las enfermedades contagiosas;

»Considerando que por todos estos motivos el gobierno imperial establecido por el senado-consulta de 28 de floreal, año XII, o 18 de mayo de 1804, ha dejado de existir, y que el voto manifiesto de todos los franceses reclama un orden de cosas cuyo primer resultado sea el restablecimiento de la paz general, y también la época de una reconciliación solemne entre todos los estados de la gran familia europea, el Senado declara y decreta lo siguiente: *Napoleón queda destituido del trono; el derecho hereditario, abolido en su familia, y el pueblo francés y el ejército, libres de su juramento de fidelidad hacia él.*»

El Senado romano no fué tan duro cuando declaró a Nerón enemigo público: la historia no es más que una repetición de los mismos hechos aplicados a hombres y a tiempos diferentes.

¿Podrá representarse al emperador leyendo el documento oficial en Fontainebleau? ¿Qué debía pensar de lo que había hecho y de las personas que había llamado a la complicidad de su opresión a nuestras libertades? Cuando yo publicaba mi folleto *De Bonaparte y de los Borbones*, ¿podía yo esperar verlo amplificado y convertido en decreto de destitución por el Senado? ¿Qué impidió a estos legisladores en los días de la prosperidad descubrir los males de que acusaban como autor a Napoleón, de advertir que la constitución había sido violada? ¿Qué celo acometía de repente a estos mudos para la libertad de la prensa? Los que colmaron de adulaciones a Bonaparte, a la vuelta de cada una de sus guerras, ¿cómo encontraban ahora que sólo las había emprendido en interés de su desmesurada ambición? Los que le habían echado tantos conscriptos que devorar, ¿cómo se enternecieron de repente por los soldados heridos, abandonados sin socorros y sin subsistencias? Hay épocas en que no debe dispensarse el desprecio sino con economía, a causa de la gran cantidad de necesitados: y tengo lástima de éstos, porque aun tendrán necesidad de aquél durante y después de los Cien Días.

Cuando pregunto lo que pensaba Bonaparte en Fontainebleau de los actos del Senado, su respuesta estaba ya dada: la orden del día 14 de abril de 1814, no

publicada oficialmente, sino en algunos periódicos, daba gracias al ejército por su fidelidad, añadiendo:

«El Senado se ha permitido disponer del gobierno francés; olvidando que debe al emperador el poder de que abusa ahora; que él es quien ha salvado una parte de sus miembros de la tormenta revolucionaria, y sacado de la obscuridad y protegido a la otra contra el odio de la nación. El Senado se funda en los artículos de la constitución para destruirla, y no se ruboriza de hacer cargos al emperador, olvidando que, como primer cuerpo del Estado, ha tomado parte en todos los sucesos. El Senado no se ruboriza de hablar de libelos publicados contra los gobiernos extranjeros, y no recuerda que fueron redactados en su seno. Tanto tiempo como la fortuna se ha mostrado fiel a su soberano, estos hombres permanecieron fieles, y ninguna queja se escuchó sobre los abusos del poder. Si el emperador hubiera despreciado a los hombres, como le han echado en cara, hoy conocería el mundo que había tenido razones para fundar su desprecio.»

Este es un homenaje rendido por el mismo Bonaparte a la libertad de la prensa: algo bueno debió creer que tenía, cuando ella le proporcionaba el último refugio y el último socorro.

Y yo, que me defiendo contra el tiempo; yo, que pretendo hacerle dar cuenta de lo que ha visto; yo, que escribo esto, tan lejos de los sucesos pasados, bajo el reinado de Felipe, heredero contrahecho de tan gran herencia, ¿qué soy entre las manos de ese tiempo, gran devorador de los siglos, que creía detenidos, de ese tiempo que me hace dar vueltas con él en el espacio?

Alejandro se había apeado en casa del señor de Talleyrand. Yo no asistí a los conciliábulos que pueden leerse en las relaciones del abate de Pradt y de otros que, con sus asquerosas y pequeñas manos, manejaban la suerte de uno de los más grandes hombres de la historia, y el destino del mundo. Yo no figuraba para nada en la política exterior a las masas, y no había intrigante de segundo orden que no tuviese en las antepasadas más derechos y más favor que yo; hombre futuro de la posible Restauración, yo esperaba en la calle al pie de las ventanas. Por las maquinaciones del palacio de

la calle de Saint-Florentin, el Senado conservador nombró un gobierno provisional compuesto del general Beurnonville, del senador Jaucourt, del duque de Dalberg, del abate de Montesquieu y de Dupont de Nemours: el príncipe de Beauvento se apoderó de la presidencia.

Encontrando este nombre por vez primera, yo debía hablar del personaje que tomó en los negocios de entonces una parte tan notable; pero reservo su retrato para el fin de mis *Memorias*.

La intriga que retuvo al señor de Talleyrand en París, cuando la entrada de los aliados, fué la base de su prosperidad al principio de la Restauración. El emperador de Rusia lo conocía por haberlo visto en Tilsit. En ausencia de las autoridades francesas, Alejandro bajó al palacio del Infantado, que el conserje se apresuró a ofrecerle.

Desde entonces pasó el señor de Talleyrand por el árbitro del mundo, y sus salones se hicieron el centro de las negociaciones. Compuso el gobierno provisional a su gusto, y colocó en él a sus partidarios; el abate de Montesquieu figuró en él únicamente como el reclamo de la legitimidad.

Las primeras obras de la Restauración fueron confiadas a la infecundidad del obispo de Autun, quien comunicó a aquella un germen de esterilidad y de muerte.

Los primeros actos del gobierno provisional, colocado bajo la dictadura de su presidente, fueron proclamas dirigidas a los soldados y al pueblo.

«Soldados: Francia acaba de romper el yugo bajo el cual gimió con vosotros tantos años. Mirad todo lo que habéis sufrido de la tiranía. Soldados, ya es hora de acabar con los males de la patria. Vosotros sois sus más nobles hijos, y no podéis pertenecer a aquel que la destruye, que quiso hacer vuestro nombre odioso a todas las naciones, y que tal vez habría comprometido vuestra gloria si un hombre que *ni aun es francés*, pudiera debilitar jamás el honor de nuestras armas y la generosidad de nuestros soldados.»

¡Así, a los ojos de sus serviles esclavos, el que consiguió tantas victorias, no era ya *ni aun francés*! Cuando en tiempo de la Liga rindió Du Bourg la Bastilla a Enrique IV, rehusó despojarse de la banda negra y aceptar el dinero que le

ofrecían por la rendición de la plaza. Obligado a reconocer al rey, contestó: «Que sin duda era un príncipe muy bueno, pero que él había dado su fe al señor de Mayenne; que, por otra parte, Brissac era un traidor, a quien combatiría entre cuatro picas, en presencia del rey, y le comería el corazón.» ¡Diferencia de tiempos y de hombres!

El 4 de abril apareció una proclama del gobierno al pueblo francés:

«Al acabar vuestras discordias civiles—decía—, elegisteis por jefe a un hombre que aparecía en la escena del mundo con los caracteres de la grandeza. Sobre las ruinas de la anarquía sólo ha fundado el despotismo, cuando al menos, por agradecimiento, debió hacerse francés con vosotros; pero jamás lo ha sido. No ha cesado de emprender sin objeto y sin motivo guerras injustas, como aventurero que desea ser famoso. Tal vez sueña todavía en planes gigantescos, aun cuando reveses inauditos castiguen con tanto estrépito el orgullo y el abuso de la victoria. No supo reinar ni en el interés nacional, ni en el interés mismo de su despotismo; ha destruido todo lo que quería crear, y creado todo lo que quería destruir. Sólo creía en la fuerza, y la fuerza le subyuga hoy en justo pago de su insensata ambición.»

Verdades incontestables, maldiciones merecidas: pero, ¿quién pronunciaba estas maldiciones? ¿Qué era mi pobre folleto al lado de estas virulentas proclamas? ¿No desaparecía enteramente? El mismo día, 4 de abril, el gobierno provisional proscribió los signos y los emblemas del gobierno imperial, y si hubiera existido el Arco de Triunfo, lo habrían derribado. Mailhe, que votó el primero la muerte de Luis XVI; Cambacérès, que fué el primero en saludar a Napoleón con el nombre de emperador, reconocieron con solicitud los actos del gobierno provisional.

El Senado bosquejó el 6 una constitución, que descansaba casi sobre las bases de la carta futura: en ella se mantenía el Senado como Cámara alta; la dignidad de los senadores era declarada inamovible y hereditaria, y agregaba a su título de mayorazgo su dotación de senadores: la constitución hacía estos títulos y mayorazgos transmisibles a los descendientes del poseedor.

La sórdida desvergüenza de estos indi-

viduos, que en medio de la invasión de su patria no se pierden de vista un instante, chocea aun en la inmensidad de los públicos sucesos.

¿No hubiera sido más fácil para los Borbones adoptar a su llegada el gobierno establecido, un Senado secreto y esclavo, una prensa encadenada? Reflexionando, se ve que esto era imposible: al incorporarse las libertades naturales, en ausencia del brazo que las encorvaba, hubieran vuelto a tomar su línea vertical bajo la debilidad de la compresión. Si los príncipes legítimos hubiesen licenciado el ejército de Bonaparte, como debieron hacerlo (y ésta era la opinión de Napoleón en Santa Elena), y si hubiesen conservado al mismo tiempo el gobierno imperial, hubiera sido romper demasiado el instrumento de la gloria, para no conservar más que el de la tiranía: la Carta era el rescate de Luis XVIII.

El 12 de abril llegó el conde de Artois en calidad de lugarteniente general del reino. Trescientos o cuatrocientos hombres a caballo salieron a recibirle, y yo iba en la comitiva. El conde agradaba por sus modales tan diferentes de los del Imperio. Los franceses reconocían con placer en él sus antiguas costumbres, su antigua urbanidad y su antiguo lenguaje, y la multitud le rodeaba y oprimía: consoladora aparición de lo pasado, doble refugio contra el extranjero vencedor y contra Bonaparte que amenazaba todavía. ¡Ay! Este príncipe no volvía a poner el pie en el suelo francés sino para ver asesinar en él a su hijo y para ir a morir en aquella tierra de destierro de donde venía: hay hombres a quienes la vida ha sido arrojada al cuello como una cadena. Fuí presentado al hermano del rey, al cual habían hecho leer mi folleto, pues, de otra manera, no hubiera sabido mi nombre: ni se acordaba de haberme visto en la corte de Luis XVI, ni en el campamento de Thionville, ni jamás, sin duda, había oído hablar de *El Genio del Cristianismo*: esto era muy sencillo. Cuando se ha sufrido mucho y por espacio de bastante tiempo, sólo se acuerda uno de sí mismo, porque el infortunio personal es un compañero un poco frío, pero exigente, que no deja lugar a ningún otro pensamiento y se apodera de todo nuestro ser.

El día anterior a la entrada del conde de Artois, después de haber negociado inútilmente Bonaparte con Alejandro por

la mediación del señor de Caulaincourt, había hecho conocer el acta de su abdicación:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz europea, el emperador Napoleón, fiel a su juramento, declara que renuncia por sí y sus sucesores al trono de Francia y de Italia, porque no hay ningún sacrificio personal, ni aun el de la vida, que no esté dispuesto a hacer por el interés de los franceses.»

A estas hermosas palabras no tardó el emperador en dar, con su vuelta, un mentís menos solemne; sólo necesitó para ello el tiempo de ir a la isla de Elba. Hasta el 20 de abril permaneció en Fontainebleau.

Al llegar este día, bajó Napoleón la escalera de dos tramos que conduce al peristilo del palacio desierto de la monarquía de los Capetos. Algunos granaderos, restos de los soldados vencedores de Europa, se formaron en ala en el patio grande como en el último campo de batalla, rodeados de aquellos vetustos árboles, compañeros mutilados de Francisco I y de Enrique IV. Napoleón dirigió estas palabras a los últimos testigos de sus combates:

«Generales, oficiales, sargentos y soldados de mi antigua guardia: me despido de vosotros: hace veinte años que estoy satisfecho de vosotros, pues siempre os he encontrado en el camino de la gloria.

»Las potencias aliadas han armado toda Europa contra mí: una parte de mis ejércitos ha hecho traición a sus deberes, y la misma Francia ha querido otros destinos.

»Con vosotros y los valientes que me han permanecido fieles, hubiera podido mantener la guerra civil durante tres años; pero Francia habría sido desgraciada, que era lo contrario al objeto que me he propuesto.

»¡Sed fieles al nuevo rey que Francia se ha elegido, y no abandonéis nuestra querida patria, desdichada durante tanto tiempo! ¡Amadla siempre, amad bien a esta querida patria!

»No compadezcáis mi suerte; yo siempre seré feliz cuando sepa que vosotros lo sois.

»Hubiera podido morir, y nada me ha-

bría sido más fácil, pero yo debo seguir el camino del honor: aun tengo que escribir lo que nosotros hemos hecho.

»No pudiendo abrazaros a todos, abrazaré a vuestro general... Venid, general (y estrecha en sus brazos al general Petit). ¡Que me traigan el águila...! (y la besa.) ¡Águila amada, que estos besos resuenen en el corazón de todos los valientes...! ¡Adiós, hijos míos...! Mis votos os acompañarán siempre; conservad mi recuerdo.»

Dicho esto, Bonaparte levantó su tienda que cubría al mundo.

ITINERARIO DE NAPOLEÓN A LA ISLA DE ELBA

Napoleón había pedido a la Alianza que le acompañasen unos comisionados a fin de ser protegido por ellos hasta la isla que los soberanos le habían concedido. El conde de Schouwalof fué nombrado por Rusia; el general Koller por Austria, el coronel Campbell por Inglaterra, y el conde Waldbourg-Truchsess por Prusia; este último escribió el *Itinerario de Napoleón desde Fontainebleau a la isla de Elba*, folleto que, unido al del abate de Pradt sobre la embajada de Polonia, son los dos escritos que más afligieron a Bonaparte. Sin duda echaba de menos entonces el tiempo de su liberal censura, cuando mandaba fusilar al pobre Palm, librero alemán, por haber repartido en Nuremberg el escrito del señor de Gentz, titulado *Alemania en su profundo envilecimiento*. En la época de la publicación de esta obra, todavía era Nuremberg una ciudad libre que no pertenecía a Francia: ¿no debiera haber adivinado Palm esta conquista?

El conde de Waldbourg refiere primero muchas conversaciones que precedieron a la partida de Fontainebleau, y cuenta que Bonaparte hacía los mayores elogios de lord Wellington, informándose de su carácter y de sus costumbres. Se excusaba de no haber hecho la paz en Praga, en Dresde y en Francfort, conviniendo en que había hecho mal, pero que entonces tenía otras miras: «Yo no he sido usurpador — proseguía —, porque no he aceptado la corona sino en virtud del voto unánime de la nación, mientras que Luis XVIII la ha usurpado, puesto que ha sido llamado al trono por un Senado vil, entre cuyos miembros hay más de diez que votaron la muerte de Luis XVI.»